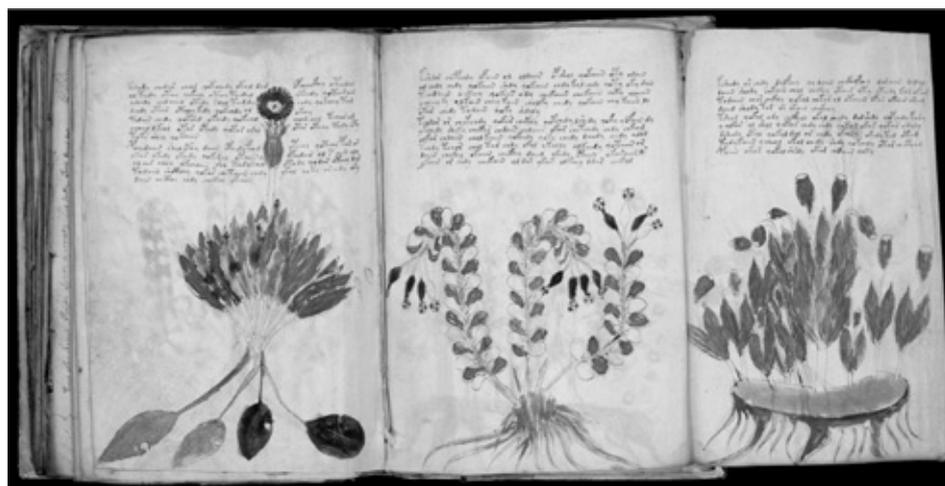


# Zonas de alteridad Códex Voynich

Mauricio Molina

El manuscrito Voynich es uno de los enigmas más impenetrables de la criptografía contemporánea. Se trata de un pequeño libro escrito en una lengua hasta hoy desconocida, ilustrado con imágenes misteriosas y perturbadoras, que ha mantenido en jaque a cuanto estudioso y criptógrafo se ha acercado a sus páginas para interpretar su contenido e intención. Se trata de un libro que muy bien podrían haber inventado Borges, Umberto Eco o Arno Schmidt, una suerte de *Finnegans Wake* escrito en una lengua extraterrestre cuyo sentido es refractario a cualquier posible interpretación.

Su historia es por demás interesante. Las pruebas de carbono 14 datan al libro, o al menos a sus materiales, en el siglo XVI, con un margen que va de 1404 y 1439, lo cual concuerda con el papel, la tinta y la encuadernación. El códice está escrito a mano y contiene ilustraciones de herbolaria, astronomía, así como otras figuras muy extrañas entre las que se pueden encontrar mujeres desnudas bailando en flores o dibujos que parecen sacados de un microscopio o de un telescopio. Existen dibujos zodiacales y algunos que parecen provenir de un tratado de alquimia o medicina. Hay una figura en especial que asemeja la galaxia de Andrómeda, invisible para cualquier instrumento de la época de su creación. El manuscrito mide 25 por 16 centímetros aproximadamente y consta de 240 páginas. Está fabricado en pergamino y fue escrito y dibujado con pluma de ave. El códice lleva el nombre de su último dueño, el bibliófilo polaco Wilfred M. Voynich, quien lo adquirió en la Villa Mondragone en Italia en 1912 y que lo mantuvo en su poder hasta su muerte en 1930. El códice Voynich permanece actualmente en la co-



Códice Voynich

lección de libros raros de la biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale.

Los más grandes criptógrafos de la primera y segunda guerras mundiales, especialistas que rompieron los mensajes cifrados de los ejércitos enemigos y que quebraron sistemas enteros de espionaje, se lanzaron con entusiasmo a su desciframiento y fracasaron rotundamente al grado de calificarlo como el fraude bibliográfico más grande de la historia. Muchos autores supusieron que el propio Voynich fraguó el códice en un intento por hacer una jugosa venta, lo cual hubiese resultado tan costoso como una antigüedad, ya que implica la compra de pergaminos, tintas y pieles de la época, sin contar la laboriosidad que requeriría la creación de un manuscrito así. Al mismo tiempo, diversas referencias ubican el texto en épocas mucho más antiguas. En principio se atribuye la autoría del códice al filósofo británico del siglo XIII Roger Bacon, quien podría haberlo escrito durante su confinamiento en Ancona, luego de que fue acusado de brujería por difundir la medicina y la alquimia árabe. Autor él mismo de tratados alquímicos, Bacon era el autor

más indicado dadas las semejanzas de algunas de sus ilustraciones con el códice Voynich. Sin embargo, la datación del libro lo descarta casi definitivamente (empero, hay que decirlo, la datación carbónica en ciertos casos es muy engañosa). Lo cierto es que el primer propietario conocido fue nada más y nada menos que Rodolfo II de Bohemia, el gran patrono de la astronomía, la astrología y las artes oscuras, y quien mandó construir, al lado del castillo de Praga, la calle de los alquimistas donde se alojaron lo mismo grandes figuras de su tiempo, como Kepler o Tycho Brahe, y charlatanes de toda laya que pretendían encontrar la Piedra Filosofal o el elixir de la eterna juventud. Existen referencias al códice por unas cartas dirigidas a Athanasius Kircher, el gran jesuita del siglo XVII que buscaba descifrar los jeroglíficos egipcios, realizadas por un tal Merci, quien comenta que Rodolfo había comprado el libro en 600 ducados de oro, lo cual en su tiempo era una fortuna.

Aquí la historia del códice hace un giro hacia la especulación detectivesca. Una hipótesis afirma que el alquimista John Dee

y Edward Kelley (quien afirmaba poder transmutar el cobre en oro y comprender el lenguaje de los ángeles) habrían fabricado el libro para vendérselo a Rodolfo, lo cual tiene algo de sensatez ya que los maestros de las artes oscuras solían ser esmerados charlatanes antes que magos.

Sin embargo, quedan muchos cabos sueltos en el códice y hasta en el hecho de que sea un posible fraude existen muchas dudas. Por un lado, se cree que es un intento por crear un lenguaje artificial, como el que intentara hacer John Wilkins, a quien Borges satirizara en un célebre cuento y quien se erige como un candidato ideal para la autoría del Voynich, dado su interés en lo oculto y su pertenencia a diversas sociedades secretas como los rosacruces.

La idea de un lenguaje artificial, contrario a los lenguajes naturales en los que hablamos todos los seres humanos, se remonta a tiempos muy lejanos. Umberto Eco, en su libro *Serendipities: Language and Lunacy (Lenguaje y locura)*, explora los diversos intentos por crear un lenguaje artificial que sea comprensible para todos, desde los intentos por recrear el lenguaje que se hablaba en el Paraíso hasta Joseph de Maistre. En este rubro podemos ubicar los lenguajes inventados por Tolkien para la saga de *El señor de los anillos* y que aparecen en múltiples libros de ciencia ficción y horror (pienso en el lenguaje del *Necrono-*

*micon*, ese libro imaginario de H. P. Lovecraft cuya lectura puede enloquecer e incluso transformar y destruir a sus lectores).

Pero la cosa no se detiene ahí. Los signos que componen al manuscrito que nos ocupa, ilegibles y extraños —que reciben el nombre de “Voynichés”—, han sido estudiados con los métodos más modernos de análisis por medio de computadoras buscando una suerte de piedra Rosetta, una clave o alguna suerte de algoritmo que permita su desciframiento. Lo que resulta increíble es que los métodos actuales son tan sofisticados que basta un solo fragmento de un pergamino para descifrarlo, a lo cual el Voynich permanece refractario.

Lo primero es descifrar si se trata de un fraude, del manuscrito de un loco que buscaba crear un lenguaje artificial o si existe una suerte de clave incrustada en el mismo texto para su comprensión y traducción. Una de las claves para el desciframiento del Voynich, o al menos para saber si se trata de un lenguaje natural, fue comprobar si el códice obedecía a la Ley de Zipf, un método estadístico que establece que en todo lenguaje natural la frecuencia de una palabra es inversamente proporcional a su rango en un texto dado. Esto quiere decir en palabras llanas que en toda lengua natural la palabra más usada equivale a 1 (supongamos “de”), la siguiente (“el”) sería dos y así sucesivamente. Utilizando este método em-

pírico se ha determinado que en efecto el Voynich provendría de un lenguaje natural.

De ahí se ha desatado la locura. Algunos estudiosos aventuran que se trata de una transcripción fonética de un lenguaje chino-tibetano, otros más indican que se trata de una lengua indoeuropea. Recientemente un estudioso ha lanzado la hipótesis de que se trata de un libro de herbolaria náhuatl. La más actual de las hipótesis considera que se trata de una fusión que contiene palabras —o letras— provenientes del hebreo, el armenio y las lenguas balcánicas.

Desde la glosolalia hasta la transcripción de letras provenientes de un fluir de la conciencia proveniente de la pluma y la migraña nada menos que de Hildegard von Bingen, hasta la idea de que se trata de un libro escrito por alguien que vio el futuro, o de un manual para un ritual cático, todas las suposiciones resultan válidas mientras no se encuentre una clave que descifre este galimatías que ha despedazado cualquier intento de interpretación. No faltará quien crea que se trata de un libro mágico o sobrenatural: el lenguaje de los seres que habitan en las hojas y se bañan en las flores, tal y como Paracelso los describe en su *Libro de las ninfas, sílfides, gnomos y salamandras*.

Más allá de todos sus enigmas, el códice Voynich nos recuerda la potencia salvaje de la escritura y el enigma casi sagrado del lenguaje. **U**

